

viuda de algun mariscal con quien pudiera hablar de las batallas de Marengo y Austerlitz, y esperé muy poca distracción de semejante vecindad. Vino á hacernos su visita de instalación, y á presentar á mi madre su esposa, que era una de las criaturas más divinas que formó el cielo.

Caballero, conocéis el mundo, su estraña moral, sus principios de honor, que consisten en respetar la fortuna del vecino, que no le sirve más que de placer, y que permiten robarle su esposa que hace su felicidad. Desde el momento en que vi á Mad. de M... olvidé el carácter de su marido, sus cincuenta años, la gloria de que se había cubierto, cuando nosotros estábamos aun en la cuna; las veinte heridas que había recibido mientras nosotros mamábamos todavía; olvidé la desesperación de sus últimos días y el ridículo que iba á echar sobre los restos de una vida tan hermosa; todo lo olvidé para no pensar más que en una cosa: en poseer á Carolina.

Las haciendas de mi madre y la del general estaban, como he dicho, casi contiguas; esta posición era un pretexto para nuestras frecuentes visitas. El general me había tomado cariño, y yo, ingrato, no veía en la amistad de aquel anciano, sino el medio de robarle el corazón de su muger.

Carolina estaba en cinta, y el general se mostraba más orgulloso de su futuro heredero, que de todas las batallas que había ganado. Con este motivo su amor hacía su consorte tenía algo además de paternal y mejor. En cuanto á Carolina, se portaba con su marido exactamente como debe portarse una esposa para que sin hacerle feliz, no tenga que reconvenirle en nada. Yo había advertido esta disposición de sentimientos con el golpe de vista seguro de un hombre interesado en acechar la menor circunstancia, y estaba bien convencido de que madama M... no amaba á su marido. Sin embargo, cosa que me pareció muy estraña, recibía mis atenciones con política, pero con frialdad. No buscaba mi presencia, prueba de que no le causaba ningún placer; no la huía tampoco, prueba de que no la inspiraba ningún temor. Mis ojos constantemente clavados en ella, se encontraban con los suyos cuando la casualidad hacía que los levantase de su bordado ó de las teclas de su piano; pero parecía que mis miradas habían perdido el poder fascinador que antes de Carolina habían reconocido en ellas otras mugeres.

Pasóse así el verano. Mis deseos se habían convertido en un amor verdadero. La frialdad de Carolina era un desafío: lo acepté con toda la violencia de mi carácter: cómo me era imposible hablarla de amor á causa de la sonrisa de incredulidad con que acogía mis primeras palabras, resolví escribirla. Envolví mi carta un día en su labor, y cuando al día siguiente la desdobló para trabajar, yo seguí sus movimientos con los ojos. A pesar de estar

hablando con el general, vi que miraba el sobre sin sonrojarse y que guardaba el billete en su bolsillo sin conmoverse: únicamente se asomó una sonrisa imperceptible á sus labios.

En todo aquel día vi que tenía intención de hablarme, pero me alejé de ella. Por la noche se puso á trabajar con otras señoras al rededor de una mesa. El general leía un periódico, y yo me senté en un oscuro rincón desde donde podía mirarla, sin que lo reparasen, buscóme con los ojos en el salón y me llamó.

—Caballero, me dijo. ¿tendrais la bondad de dibujarme dos letras góticas para una punta de mi pañuelo; una C y una M?

—Si señora, con el mayor placer.

—Pero, las necesito esta noche, ahora mismo. Venid. Separó de su lado á una de las señoras, y me enseñaba el asiento vacío. Cogí una silla y fui á sentarme. Ofrecióme ella misma una pluma.

—Me falta papel, señora.

—Aquí hay, me dijo y me presentó una carta cerrada en un sobre inglés. Yo creí que era una contestación á la mía, y abrí con tanta frialdad como pude el sobre que me ocultaba la escritura, reconocí mi billete. Entretanto se había ella levantado é iba á salir.

Yo la llamé.

—Señora, la dije alargando ostensiblemente la mano hácia ella, sin duda me habeis dado sin reparar una carta con sobre á vos. Con el sobre tengo bastante para dibujar las letras.

Vió ella que su marido levantaba los ojos de su periódico; se dirigió precipitadamente á mí, me cogió el billete de entre las manos, y mirándole dijo con indiferencia:

—¡Ah! sí, es una carta de mi madre.

El general volvió otra vez á fijar sus ojos en el *Courier Français*: yo me puse á dibujar la cifra pedida, Carolina salió del salón.

Quizá os fastidian todos estos detalles, me dijo el cartujo interrumpiéndose, y os asombrarán oyéndolos de boca de un hombre que viste este traje y que abre un sepulcro. Es que el corazón es la última cosa que se desprende de la tierra, y la memoria lo último que se desprende del corazón.

—Esos detalles son verdaderos, le dije, y por consiguiente interesantes. ¡Continuad!

—Al día siguiente á las seis de la mañana fui despertado por el general. Venía en traje y con todos los arneses de cazador, á proponerme una correría por los llanos.

Al pronto me turbó un poco su inesperada presencia; me tranquilizaron al momento su aire tan reposado, y su voz que había conservado perfectamente el tono de la natural bondad que le caracterizaba. Acepté la proposición y partimos.

La conversacion versó sobre cosas indiferentes, hasta el momento en que preparados á empezar la caza nos detuvimos á cargar las escopetas.

Mientras ejecutábamos esta operacion, me miró él fijamente. Esta mirada me intimidó.

—¿En que pensais, general? le dije.

—¡Pardiez! me respondió, pienso en que sois muy loco en haberos enamorado de mi muger.

Adivinase el efecto que produciria en mí semejante apóstrofe.

—¡Yo, general!... respondile estupefacto...

—Si, no vayais ahora á negarlo.

—General, os juro...

—No mintais, caballero; la mentira es indigna de un hombre de honor, y yo espero que lo seais.

—¿Pero quien os ha dicho eso?

—¿Quién? ¡pardiez! ¿quién?... Mi muger.

—¡Madama M...!

—No me vayais á decir que se equivoca. Tomad esa carta que la habeis escrito ayer.

Y me alargó un papel que no me costó trabajo reconocer.

Un copioso sudor inundaba mi frente: cuando vió que vacilaba en cogerlo, lo arrojó, le dió la forma de un taco, y cargó con él su escopeta.

Así que hubo concluido, me agarró por un brazo y me dijo:

—¿Es verdad todo lo que habeis escrito ahí? ¿son tales cual los pintais los tormentos que padeceis? ¿Se parecen á un infierno vuestros días y vuestras noches? Decidme esta vez la verdad.

—¿Tendria yo alguna disculpa si así no fuese, general?

—Pues bien, hijo mio, replicó con su tono de voz desacostumbrado, entonces es preciso partir, abandonararnos, viajar por Italia ó Alemania, y no volver si no curado.

Le alargué la mano y me la estrechó cordialmente.

—¿Con que quedamos convenidos en eso?

—Si, general, mañana me marchó.

—No tengo necesidad de deciros que si necesitais dinero, cartas de recomendacion...

—Gracias.

—Escuchad, yo os ofrezco todo eso como lo haria un padre: no os incomodeis. ¿Lo rehusais decididamente? pues bien, á cazar, y no se hable más de esto.

A los diez pasos saltó una perdiz, disparó un tiro el general, y vi humear mi carta entre la yerba.

A las cinco volvimos á la quinta, yo había querido marcharme, pero se empeñó el general en que le acompañase.

—Aquí teneis, señoras, dijo al presentarnos en el salón, á este jóven que viene á despedirse: mañana sale para Italia.

—¿De veras? ¿con que este caballero nos deja? dijo Carolina levantando los ojos de su labor. Encontráronse con los míos, ella sostuvo tranquilamente mis miradas por espacio de dos ó tres segundos, y luego volvió á continuar su trabajo.

Cada cual habló á su vez de tan repentino viage, del que ni una sola palabra había yo indicado los días anteriores; pero nadie penetró la causa.

Madama M... hizo los honores en la mesa con una gracia y finura inimitables: por la noche di mi último adios á todos, el general me acompañó hasta la puerta del parque, y no sé si al salir de allí tenía á su muger más odio que amor.

Viagé un año; vi á Nápoles, Roma y Venecia, y asombrábame cada día de sentir desprenderse de mi corazón una pasión que yo juzgaba eterna. Llegué, en fin, á no acordarme ya de ella, sino como una de las mil aventuras de que se halla llena la vida de un jóven, con que recrea uno su memoria de cuando en cuando y que al fin olvida completamente.

Regresé á Francia por Mont-Cenis, y hallándome en Grenoble vine á visitar la Cartuja en compañía de un jóven con quien había hecho amistad y reunídomo en Florencia. Vi este monasterio en que vivo seis años hace, y dije riéndome á Manuel, así se llamaba mi compañero, que si yo hubiese conocido este claustro cuando me hallaba tan enamorado, me hubiera hecho monje en él.

Volví á Paris, en donde renové mis antiguas relaciones; mi vida se reanudó en el mismo hilo por el que se había roto, cuando concei á madama M... Parecíame que todo cuanto acabo de contaros no era más que un sueño. Una novedad hallé, y fué que harta é incomodada mi madre de verse sola en el campo, había vendido nuestra hacienda y comprado una casa en Paris.

Habia yo vuelto á ver al general, quien se mostró muy contento de mí, ofreciéndome hacer presentes mis respetos á su esposa, lo que acepté, cierto y seguro de mi indiferencia. Al entrar en su cuarto, sin embargo, sentí una ligera opresion. Había salido madama M... fuera de casa. La emocion que yo había experimentado era tan poca cosa, que no me dió ningún cuidado.

Algunos días despues fui á pasear al bosque de Bolonia, y al revolver de una alameda me encontré al general y á su esposa. Huir de ellos hubiera sido una afectacion, y además, ¿por qué había yo de temer el ver de nuevo á madama M...?

Fui pues á su encuentro: hallé á Carolina más linda que cuando la había dejado, pues entonces la molestaban ya los principios del embarazo, al paso que ahora se hallaba con toda la lozania de la salud.

Dirigióme la palabra con un tono de voz más afectuoso que lo que acostumbraba; me dió la mano, y cuando se la tomé senti que se estremecía al estrecharla en la mía. Sentí un temblor en todo el cuerpo, la miré y bajó los ojos. Puse mi caballo al paso y marché al lado de ella.

El general me convidó á volver á su quin-

ta, para la cual marchaba dentro de poco con su muger. Insistió tanto mas cuanto que nosotros no poseíamos ya la nuestra. Rehusé-la oferta, pero Carolina se volvió hácia mi, y me dijo: «Venid.» Hasta entonces no había vuelto yo á oír su voz; nada respondi cayendo en un profundo éstasis: aquella muger no era la misma que yo había visto un año antes.

Volvióse á su marido y le dijo:

—Este caballero teme sin duda fastidiarse con nosotros: dale permiso para que traiga algún amigo, y de ese modo puede ser que se determine.

—Pardiez, respondió el general, él es muy dueño.—Ya lo sabeis.

—Gracias, general, contesté yo sin saber casi lo que decía; pero tengo compromisos....

—Que preferis á los nuestros, dijo Carolina; jeso es muy amable!

Acompañando estas palabras con una de las miradas por las cuales un año antes hubiera yo dado mi vida, me hizo aceptar.

Habia yo continuado viendo en París á aquel jóven que conocí en Florencia. Vino á mi casa la vispera de la partida y me preguntó á donde iba. No tenia motivo alguno para ocultárselo y se lo dije.

—¡Hombre, que cosa tan rara! me contestó, á poco mas vamos juntos.

—¿Conoces tú al general?

—No, pero debía presentarme un amigo mio, que ha tenido que marcharse al interior de Normandía á recoger la herencia de no sé que tio que se le ha muerto; y lo siento tanto mas, cuanto que tu compañía me habria hecho mas grata mi estancia.

Acordéme entonces de la oferta de que pudiese llevar á cualquier amigo, que el general me habia hecho, y pregunté á Manuel:

—¿Quieres que yo te presente?

—¿Tienes bastante franqueza en la casa para eso?

—Completa.

—Pues entonces acepto.

—Bien está. Está pronto para mañana á las ocho, pues iré á buscarte.

A la una llegamos á la quinta del general. Las señoras estaban paseando en el parque, donde fuimos á buscarlas y al momento nos incorporamos con ellas.

Parecióme que madama M... se puso pálida al vernos y me dirigió la palabra con una emoción en la que no me pude equivocar. El general recibió cordialmente á Manuel, al paso que su muger le recibió con visible frialdad.

—Ya veis, dijo á su marido, señalándole con imperceptible arqueó de cejas á Manuel que estaba vuelto de espaldas, que este caballero tenia necesidad para venirmos á ver del permiso que le hemos dado; por lo demas, le doy las gracias dos veces.

Antes que hubiese encontrado alguna cosa que contestar me volvió la espalda y habló á otra persona.

Sin embargo, este mal humor no duró mas que el tiempo estrictamente necesario para que yo me felicite de él, en vez de quejarme. En la mesa fui colocado junto á ella, y no reparé que conservase el menor resentimiento. Estuvo encantadora.

Después de haber tomado el café propuso el general un paseo por el parque. Ofrecí mi brazo á Carolina, que lo aceptó, notándose en toda ella esa languidez y abandono que los italianos llaman *morbidezza*, y que nuestra lengua no tiene espresión que la explique bien.

En cuanto á mi, estaba loco de felicidad. Aquella pasión, que habia necesitado un año para apagarse, le habia bastado un dia para apoderarse otra vez de mi alma; jamás habia yo amado á Carolina cual entonces la amaba.

Nada cambió en los dias sucesivos la conducta de Mad. M.... para conmigo; solamente noté que huía de hallarse conmigo á solas; vi yo en esta precaución una prueba mas de su debilidad, y mi amor se aumentó, si era posible que se aumentase.

El general participó un dia á su muger la noticia de que tenia precision de ir á París á arreglar un asunto, vi brillar en los ojos de esta un rayo de alegría, y me dije á mi mismo:—¡Oh! Gracias, Carolina, gracias; porque esa ausencia no te pone contenta sino por la libertad que te dá. ¡Oh! nuestros serán todas las horas, todos los instantes, todos los segundos de esta ausencia.

El general marchó después de comer; le acompañamos hasta el fin de la alameda que habia delante de la quinta, y Carolina tomó á la vuelta según costumbre mi brazo; apenas podia sostenerse, sintiendo al parecer oprimido su corazón y respirando con dificultad; yo la hablaba de mi amor y ella no se incomodaba, y luego, cuando su boca me prohibió continuar, estaban sus ojos impregnados de una languidez tal, que hubiera sido imposible dárles una espresión acorde con sus palabras.

La tarde se pasó como un sueño. Yo no sé á que se jugó, pero si me recuerdo muy bien de que me hallaba á su lado, junto á ella, que sus rizos tocaban mi rostro á cada movimiento que hacia, y que mi mano se encontró veinte veces con la suya. ¡Oh! fué una noche ardiente; corría fuego por mis venas.

Llegó la hora de retirarnos. Nada faltaba ya á mi felicidad, sino haber oído de boca de Carolina estas palabras que yo le habia repetido veinte veces en voz baja: ¡te amo, te amo! Entré en mi cuarto alegre y orgulloso cual si fuera el rey del mundo, porque mañana, quizás mañana, la mas bella flor de la creación, el mas rico diamante de las minas humanas, ¡Carolina iba á ser mia! ¡mia!.... En estas dos palabras se cifraban todos los goces del cielo y de la tierra.

Repetíalas andando por mi cuarto de un lado para otro como un insensato. Me ahogaba.

Me acosté y no pude dormir. Me levanté, fui á la ventana, la abrí. El tiempo estaba magnífico, el cielo resplandecía con las estrellas, el aire parecía embalsamado; todo era hermoso y feliz como yo, porque cuando uno es feliz es hermoso.

Pensaba yo que quizás me calmarían el silencio y la tranquila naturaleza. Aquel era el parque por donde nos habíamos paseado todo el dia. Podia encontrar en sus calles las huellas de sus lindos pies, á que acompañaban los mios; podia besar los sitios donde se habia sentado. Sali afuera.

En toda la ancha fachada de la casa no se veían mas que dos ventanas con luz y eran las de su cuarto. Me apoyé contra un árbol y clavé los ojos en sus cortinas.

Vi su sombra: aun no estaba acostada; veílabra, abrasada acaso como yo, tal vez por pensamientos y deseos de amor.... ¡Carolina, Carolina!....

Permanecía inmóvil y parecia escuchar; de repente se lanzó hácia la puerta próxima á la ventana. Junto á la suya apareció otra sombra; tocáronse sus dos cabezas: se apagó la luz: di un grito, y me quedé sin poder respirar.

Creí no haber visto bien, ereí que era un sueño.... pero mis ojos se clavaron sobre aquellas sombrías cortinas que mi vista no podia traspasar....

El monge cogió mi mano y casi me la deslizo entre las suyas.—¡Ah! caballero, caballero, me dijo: ¿habeis estado celoso?

—¿Los habeis muerto? le dije.—Al oirme se echó á reír de una manera convulsiva, interrumpiendo aquella risa con sollozos: de repente después, cruzando sus manos sobre la cabeza y dando un brinco hácia atrás, lanzó gritos inarticulados:

Levantéme y lo cogí por el cuerpo.

—Vamos, vamos, le dije, ánimo.

—¡Oh! ¡amaba tanto á esa muger! ¡La hubiera dado mi vida hasta su último aliento, mi sangre hasta su última gota, y mi alma hasta su último pensamiento! Esa muger me habrá perdido en este mundo y en el otro, caballero ¡porque moriré pensando en ella, en vez de pensar en Dios!

—¡Padre mio!

—¡Oh! ¿no veis que siempre estoy así, que hace seis años que estoy encerrado vivo en este sepulcro esperando que la muerte que le habita mataría mi amor, y no se ha pasado un solo dia sin arrastrarme por mi celda; ni una noche que en los claustros no resonasen mis gritos; que los dolores del cuerpo no han hecho disminuir nada la rabia del alma?....

Abrióse el hábito y me enseñó el pecho destrozado por el cilicio, que á raíz de la carne llevaba.—Mirad, mirad, me dijo....

—Entonces, ¿los habeis muerto? le repliqué.

—¡Oh! mucho peor que eso fué lo que hice. No habia mas que un medio de aclarar mis du-

das: era aguardar hasta que amaneciese, si era preciso, en el corredor á donde daba la puerta de su cuarto y ver quién salia

Yo no sé cuántas horas pasé allí, la desesperación y la alegría calculan mal el tiempo. Una línea blanca comenzaba á aparecer en el horizonte, cuando se abrió la puerta: oí la voz de Carolina, y aunque hablaba en voz baja, llegaron á mí estas palabras:

«¡Adios! mi querido Manuel, ¡hasta mañana!»

Cerróse otra vez la puerta; Manuel pasó cerca de mí, no sé cómo no oyó los latidos de mi corazón.... ¡Manuel!....

Volví á entrar en mi cuarto y caí en el suelo, revolviendo en mi imaginación todos los medios de venganza, y llamando á Satanás en mi ayuda para que me inspirara uno: yo creo que me oyó. Concebí un proyecto; desde entonces me quedé tranquilo. Bajé á la hora de almorzar. Carolina estaba delante de un espejo, entrelazando su cabello con madreseiva. Acerquéme por detrás, y de pronto vi ella en la luna mi cabeza sobre la suya: estaba yo tan pálido al parecer que se estremeció y se volvió.

—¿Qué teneis? me dijo.

—Nada, señora, he dormido mal.

—¿Y qué ha causado vuestro desvelo? añadió sonriéndose.

—Una carta que recibí ayer noche al dejaros, y que me llama á París.

—¿Y por mucho tiempo?

—Por un dia.

—Un dia pronto se pasa.

—Es un año ó una hora.

—¿Y en cuál de esas dos clases colocais el de ayer?

—Entre los dias felices; en toda una vida no se tiene mas que uno como ese, señora, porque cuando la felicidad llega á ese grado, no pudiendo aumentarse ya mas, empieza á decrecer. Cuando los antiguos llegaban á este término tiraban al mar algún objeto precioso, á fin de conjurar á las malas divinidades. Creo que yo deberia haber hecho como ellos anoche.

—¡Sois un niño! me contestó ella dándome el brazo para ir al comedor. Busqué con los ojos á Manuel; se habia marchado muy de mañana á cazar. ¡Oh! ¡estaban bien tomadas las medidas para que no se sorprendiera ni siquiera una mirada!

Después del almuerzo pregunté á Carolina las señas de su almacén de música, pues tenia, la dije yo, que comprar algunas piezas. Cogió un pedazo de papel, escribió las señas, y me lo dió; no tenia yo necesidad de mas. Hice ensillar mi caballo, en lugar de tomar mi tilbury: me urgía ir de prisa. Carolina vino hasta el pie de la escalera para verme marchar: mientras ella me pudo ver, fui al paso, al llegar al primer recodo, eché mi caballo á todo escape; anduve diez leguas en dos horas.

Así que llegué á París, fui á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos; desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije:

—Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

—Tom abrió tanto ojo.

—¿Veinte mil francos? dijo.

—Sí, veinte mil francos.

—¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero....

—Si yo no me equivoco, le repliqué, harías tú por la mitad de esa suma una acción aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

—No me aduleis, señor, me dijo.

—No, porque te conozco.

—Hablad, pues.

—Escucha: saqué de mi bolsillo el papel que me habia dado Carolina y se lo enseñé.—¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

—Sí, señor.

—¿En dónde las guarda?

—En su cómoda.

—Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

—¿Y en dónde me esperais?

—En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

—Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas:

Comparé las letras, eran iguales, dile los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazón hubiera dado sangre porque hubiesen sido dirigidas á mi.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la habia conocido soltera, y marchándose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida le habia impedido volverse á ver. Pero un día, como ya he dicho, encontré á Mr. M.... con su muger, y fui escogido por ella y por su amante para disfrazar su amor. Fui el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hácia mí se afectaban era para no escitar las sospechas del general, que segun la confesion que anteriormente le habia hecho su muger, ya no debia ni podia temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo habia sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me habia llegado mi turno..

Escribi á Carolina.

«Señora: ayer noche á las once estaba yo en el jardín cuando Manuel entró en vuestro cuarto, y le he visto entrar en él. Esta mañana á las cuatro estaba yo en el corredor cuando ha salido, y le he visto salir. Hace una hora

que he comprado á Tom por veinte mil francos, vuestra correspondencia con su amo.»

El general no debia estar de vuelta en la quinta hasta dentro de dos ó tres dias, y así estaba yo seguro, de que la carta no caeria en sus manos.

Á la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me habia echado la vispera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mí.

—¿Sin duda sabeis á lo que vengo? me dijo.

—Lo presumo, caballero.

—¿Teneis unas cartas mías?

—Sí, señor.

—¿Vais á devolvérmelas?

—No, señor.

—¿Qué tratis de hacer con ellas?

—Ese es mi secreto.

—¿Con que rehusais?...

—Rehuso.

—No me obligueis á deciros lo que sois.

—Ayer era un espia, hoy soy ladrón: ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.

—¿Y si yo lo repitiese?

—Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.

—¿Me dareis entonces una satisfaccion?

—Sin duda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.

—Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas.—Toqué la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de esperiencia con quien podia contar.

—José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate.—Abrí mi cómoda.—Así que sepas mi muerte, continúe, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M.... y esos diez mil francos que están en el mismo cajón son para tí. Toma la llave.

Di la llave á José, que me saludó y marchóse.

—Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caia una gota de sudor.

—¿Es una infamia lo que haceis! me dijo.

—Ya lo sé.

—¿Si me matais, replicó acercándoseme, volvereis al menos esas cartas á Carolina?

—Eso dependerá de ella.

—¿Qué ha de hacer para recobrarlas?....

—Es preciso que venga á buscarlas.

—¿Aqui?

—Aqui.

—¿Conmigo entonces?

—¡No! sola.

—Nunca.

—No os comprometais por ella.

—No consentirá.

—Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres dias os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer dia me anunció José que una señora cubierta con un velo queria hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pie junto á ella.

—¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

—Hubierais cometido una imprudencia, señora, á no hacerlo.

—He venido confiada en vuestra delicadeza.

—Habeis hecho mal, señora.

—¿Con qué me devolvereis esas malhadadas cartas?

—Sí, señora, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—¡Oh! la adivináis.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores estremos como una muger desesperada, por que habia comprendido en el tono de mi voz que seria inflexible.

—Escuchad, señora, continúe yo, los dos hemos jugado en un juego muy extraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Retorcióse las manos y sollozaba.

—¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazon, y lo habeis logrado.

—¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pie del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

—¿No estais obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel al general?

—¿Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por... sino...

—¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvía su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

—¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

—¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año habia estado yo para apagar mi amor y lo habia logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no descaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fui yo quien os buscé, fuisteis vos quien me buscé á mi. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazon, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo.... ¿para qué fui bueno? ¿para qué serví? Para lle-

var á vuestros brazos al hombre á quien amabais y para ocultar detras de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estabais ciegos sin pensar que no tenia yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese....

Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

—Pero caballero, ¡oh, no os amo!

—Tampoco es amor lo que os pido..

—Será una violacion.

—Llamadlo como os dé la gana.

—¡Oh! no es posible que seais tan cruel cual fingis serlo. Tendreis lástima de una muger que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis pies.

—¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

—Pero yo soy una muger... y vos un hombre...

—¿Y sufría yo menos por eso?

—Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

—Ya no creo mas en él...

—Por el amor que me teneis...

—Está apagado.

—Por lo que mas ameis en este mundo...

—Ya no amo nada.

—Pues bien, haced lo que gustéis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accedré jamás á lo que de mí exijis. Y se lanzó fuera de la habitacion.

—Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no será tiempo.

Al otro dia á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

—Vedme aqui, me dijo.

—¿Y bien?

—Haced de mí todo lo que querais...

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajón en que estaban todas y se la presenté.

—¿Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

—Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

—¿Y volví? exclamé yo interrumpiendo al monge.

—Dos dias seguidos.

—¿Y al tercero?

—La encontraron asfixiada con Manuel.

#### AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos á visitar la capilla de San Bruno: hállase situa-